

dose hácia el Prefecto: Apelo, dixo, al Tribunal de Jesu-Christo mi Dios. Ah, esto ya es demasiado, dixo precipitadamente el Gobernador: ¿para qué se ha de diferir mas el castigar la impiedad? Que perezcan ambos á dos Maestro, y Discípulo; y puesto que el delito es uno mismo, que sea tambien la pena igual: Vengue la espada el delito del Discípulo, y expie la llama el del Maestro; y en fin, mueran uno, y otro; pero sea diferente la muerte en ambos.

Mientras que se disponía la hoguera, preparaba el verdugo su alfange para quitar la vida á nuestro pequeño Martir. Quiso llevarle su madre por sí misma hasta ponerle sobre el cadahalso, á la manera que en el principio del mundo llevaba Abel un tierno corderillo, escogido entre mil, para irle á ofrecer á Dios sobre un altar de céspedes; y habiendo pedido el verdugo el niño, esta santa muger se lo puso al punto en sus manos. Ni se detuvo á derramar una lágrima, ni deshonró su sacrificio con señales de una tristeza poco religiosa; contentóse solamente con besar este querido hijo por la última vez, y le dixo estas breves palabras: A Dios, hijo mio, á Dios, vé donde te llama tu feliz destino; pero quando estuvieres con Jesu-Christo, acuérdate á lo menos de tu madre: hasta aquí te llamé mi hijo, de aquí en adelante te llamaré mi Señor, mi protector. Dicho esto, tomando el verdugo con una mano aquella inocente cabeza, la cortó de un golpe. Y la piadosa madre cantaba entretanto

es-

este versículo de uno de los sagrados Cánticos de David: ¡Qué preciosa es la muerte de los Santos delante de Dios! Este, ó Dios mio, era vuestro siervo, y el hijo de vuestra esclava. Tendió su velo para recibir aquella cabeza, que tanto amaba, y para no perder nada de la sangre que salía á borbotones de las cortadas venas. Juntó despues la cabeza á su cuerpo, y cargada de estos preciosos despojos, se fue á depositarlos en el lugar mas honorífico de su casa.

HISTORIA DEL MARTIRIO DE S. VICENTE, DIÁCONO DE VALENCIA

EN ESPAÑA.

Escrita en verso por Aurelio Clemente Prudencio en el libro de las Coronas.

Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

SEA para nosotros, ó ilustre Vicente, este día que ilustró vuestro triunfo, y que puso sobre vuestra victoriosa cabeza una corona de laureles regados con vuestra sangre, un día sereno, y sin nubes. Testigo fue de vuestra gloria, quando despues de haber abatido á vuestros pies la crueldad de los tiranos, y de los verdugos, os

Tom. II.

N 3

ele-

elevasteis de en medio de las tinieblas de este mundo á el Cielo, en donde Jesu-Christo os aguardaba con una inmortal claridad. Allí fuisteis colocado entre los Angeles, revestido de una estola en donde estaban representadas vuestras victorias con vuestra propia sangre. Permitidme, generoso Martir, copiarlas en mis versos, y erigiros un trofeo con mi pluma para memoria de la posteridad. Veráse al Tirano tomar en vano el partido de sus Dioses; y armado de leyes, y de edictos sacrílegos, emplear sin fruto la prision, y los tormentos para obligaros á dar incienso á los demonios. Verdad es, que mostró al principio ser su ánimo el alhagaros; parecióle que debia comenzar por la dulce persuasion, y se jactaba de que no podriais resistir al encanto de sus palabras: semejante al cruel enemigo de las inocentes ovejas, que estando para hacer presa de un cordero simple y sin malicia, ó le divierte con un fingido juguete, ó le intimida con un terrible ahullido. Ved aquí pues como el tirano Daciano habló al Santo Martir.

Los Señores del mundo, le dice, nuestros Augustos Príncipes han expedido una ley, que manda á todos los hombres doblen la rodilla ante los antiguos Dioses de Roma. Con esto restablecen el culto en todos los lugares de su dominacion. No dudamos que vosotros los Nazarenos no os alegrareis de dar en esta ocasion señales de vuestra sumision. Dexad, pues, vuestra antigua supersticion, esa Religion informe, y venid á sa-

crificar á los Dioses. Entonces Vicente, animado de un zelo digno de la santidad de su ministerio (porque era del número de los Diáconos de la Tribu sagrada (1), y uno de las siete columnas de la Iglesia; y fuera de sí por el honor de su Maestro, respondió á Daciano de este modo: Nosotros os dexamos vuestros Dioses. Adorad, si quereis, la madera, y las piedras; sed enhorabuena soberano Pontífice de los muertos, no nos opondrémos á ello; nosotros no reconocemos por Dios sino al Criador de la luz, al Padre, y Jesu-Christo su Hijo, que es con el Padre un solo, y verdadero Dios. Alborotóse á estas palabras el Tirano. ¿Infeliz, exclamó, así te atreves á violar por un discurso impío, y sacrílego el respeto debido á la magestad de nuestros Príncipes, y de nuestros Dioses? ¿Y cómo tienes atrevimiento de quebrantar á un mismo tiempo las leyes, y la religion de todos los Pueblos de la tierra? ¿No temes el peligro á que te pueden acarrear las bufonadas de una juventud inconsiderada? Modera ese ardor, si me quieres creer: recibe el Edicto con sumision; y escoge en fin, ó quemar incienso sobre este altar, ó regarle con tu sangre.

Yá está hecha mi eleccion, replicó el Santo Diácono: mi mano jamás hará humear al incienso: emplead ahora todo vuestro poder para obligarla. Escuchad, y vereis lo que confieso altamente

N4

men-

(1) Esto es, Levita; el Poeta alude aquí á los siete primeros Diáconos que fueron elegidos en Jerusalem. *Actos*. 3.

mente: No hay sino un Dios, y un Jesu-Christo. Publícolo sin temor: arrancadme, si podeis, esta fe de mi corazon. Pero sabed, que los tormentos mas horribles, las uñas de hierro, las planchas ardiendo, y en fin la misma muerte: sabed, digo, que todo esto no es sino un juguete para los Christianos, ¡Oh, y qué poco cuerdo es ese Edicto que me presentáis, y qué dignos son de risa vuestros Césares con sus vanos Decretos! Pero en fin, como son los Dioses, son los adoradores. ¡Qué lindos Dioses, que deben su divinidad al arte de un Platero, ó de un Escultor! ¡Graciosos Dioses, cuya substancia se prepara en un crisol, que se hace cocer en un horno, y que se forja sobre un yunque! ¡Qué Dioses tan preciosos, que ni tienen voz, ni movimiento, sin ojos, y sin lengua! Y con todo eso, brillan por todas partes en los templos que les levantaiis, el oro, y el marmol: caen bramando á su presencia mil toros heridos del sagrado cuchillo que los sacrifica. Puede ser que me digais que en estos templos habitan algunos espíritus, y llenan esos vanos simulacros. Pero esto mismo es lo que mas os debe confundir. Sabed que esos espíritus son los demonios, espíritus impuros, errantes, débiles, engañadores; instigadores de los delitos, y enemigos de vuestra salvacion. Ellos son los que os precipitan en mil desvaríos, que os inspiran la injusticia, que os hacen odiosos á los buenos, y que os hacen teñir vuestras manos en su sangre. En fin, no ignoran que Jesu-Christo vi-

vive, que reyna en el Cielo, y en su Iglesia, que no se tardará mucho en que los malos reconozcan, á pesar suyo, el poder que tiene sobre todos los hombres. Esto es lo que esos malos genios no pueden dexar de confesar, quando los Christianos les mandan en nombre de Jesu-Christo salir de los cuerpos en que se habian entrado.

Furioso el Juez, no pudo sufrir este discurso del Martir. Ciérrenle la boca, gritó inmediatamente, y no se escandalicen nuestros oídos de estas horribles blasfemias: vengan verdugos; pero de aquellos que no se manchan sino con la sangre de los reos, y que saben mejor el arte de atormentarlos: vengan aquí, y experimentará este impío que no se queda sin castigo la burla de los Dioses, y que la primera obligacion de un Juez es vengar sus injurias. Tú creiste sin duda, que te aguantaría que ajases los sagrados misterios del Capitolio, que te burlases de la piedad del Senado, de toda Roma; ¿qué digo yo, de los Emperadores mismos? Atenle los brazos atrás, y sea despues levantado muy alto, y déxenle caer de golpe hasta que todos sus huesos se descoynten á la continua violencia de estos movimientos opuestos. Júntense á este tormento las uñas de hierro, que con sus encorvadas puntas lleguen por medio de los descarnados costados á dar con las palpitantes entrañas.

Con todo eso el intrépido Soldado de Jesu-Christo no hacía sino insultar al Tirano. Esas uñas de hierro, le decia, reprehendiéndole su crueldad,

dad, no penetran aún bastante. Pero los verdugos ya no podían mas, cansábanseles sus fuerzas, y sus brazos se caían desmayados. Mas Vicente siempre se mostraba mas alegre. Vuestra vista, ó Jesus, que le fortificaba, derramaba sobre su frente una luz viva, semejante á la que un hermoso dia esparce en el aire despues de haber apartado todas las nubes. ¡Qué alegría tranquila brilla sobre su rostro! exclamaba el Tirano todo confuso. ¡Qué vergüenza para nosotros! Ríese el infeliz en medio de los tormentos; y por su resistencia llega á ser él mismo verdugo de sus propios verdugos. Nada puede vencer esta fiereza: el dolor, y la muerte quieren cercarle por mil partes; pero no pueden abatirlo, y triunfa de ellos. Pero vosotros, queridos ministros de mi furor, vosotros, que criados entre los horrores de una prision, no respirais sino sangre, y carnicería, conceded algun descanso á vuestros fatigados miembros, y dad tiempo á un nuevo vigor, que se introduzca en vuestros nervios. Tomad nuevas fuerzas, y procurad alentar ese generoso ardor, que tan bien me ha servido siempre en todos los tormentos que os mandé dar. Aguardad solamente á que las cicatrices comiencen á cerrarse un poco en las llagas que habeis hecho, y que la sangre se enfrie un poco: vuelva entonces vuestra mano á meter el hierro en las mismas heridas, y abra á la muerte, y al dolor cien puertas á un tiempo. Si os parece, dice el Santo Levita, que los fieles ministros de vuestro furor no tienen alien-

alientos, ni fuerzas, venid, acabad por vos mismo lo que ellos tan felizmente han comenzado. No temais, que aún sois mas cruel que ellos. Enseñadles á manosear las entrañas, y mostradles con vuestro exemplo como deben beber la sangre de los Mártires, todavía humeando. Te engañas, Tirano, te engañas, si piensas que padezco, quando despedazas estos miembros: tú les das la muerte; ¿pero no están destinados para morir? Fuera de que has de saber, que interiormente hay otro hombre, otro Vicente, sobre el qual no tienes tú ningun poder. El es libre: á pesar de tus cadenas, goza de un perfecto reposo: tú no le has podido aún tocar con todos los instrumentos de que se sirve tu crueldad; y es insensible al dolor. Lo que tú te esfuerzas á destruir con tanto ahinco, no es nada mas que un vaso de tierra ya cascado, que tarde, ó temprano debe hacerse pedazos. Este es otro hombre, un hombre interior, é invisible, que merece toda la aplicacion de tu furor: prueba, si puedes, á hacerle sentir los efectos: aplícale tus uñas de hierro, y tus planchas ardiendo. Insensato, no ves que se rie de tu locura: anda cróeme, que tus esfuerzos serán vanos: es impenetrable á tus golpes, no teme ni los verdugos, ni los Tiranos; y Dios solo es á quien él puede temer.

Apenas acabó de hablar, quando se comenzó de nuevo á atormentarle. Entretanto, mezclando Daciano el artificio con la crueldad, le dice estas palabras, que no podían serle inspiradas sino por

por la antigua serpiente : Puesto que la dureza de tu corazon , y la desesperacion , en que veo tu ánimo , te hacen despreciar los alivios , que mi mano te presenta , y que mi compasion te habia preparado ; soy de parecer que me entregues al punto esos libros , que vosotros llamais sagrados , y que con tanto respeto se conservan entre vosotros. Quiero decir , esos libros que contienen esa perniciosa doctrina , que las gentes de vuestra secta van sembrando por todas partes. Y es mi voluntad que el fuego borre hasta su memoria.

Apenas oyó el Martir esta peticion del Tirano , quando al punto le respondió de esta manera: Pretendes tú que yo te entregue el sagrado depósito de las santas Escrituras , y haces ya preparar el fuego para consumirlas ; pero sábete que no será el fuego su destino , sino el tuyo. Si por cierto , la Justicia divina vengará sobre tí la injuria que les querias hacer : y esa lengua , que se atrevió á pronunciar contra ellos esa iniqua sentencia , será abrasada de un rayo. Ojalá que esas chispas , que ves levantarse , te hagan acordar de los pecados de Gomorra , y que esa ceniza te traiga á la memoria aquella á que Sodoma fue reducida. Vé ahí tu suerte , ó engañosa serpiente! este es el suplicio que te aguarda. No se tardará mucho en que una nube espesa , ofuscándote con el negro vapor de que se forma , te precipite en lo profundo de un estanque de azufre , de pez , y de betun , que la cólera de Dios encendió en los infiernos para castigar á los Tiranos como tú.

tú. A estas palabras se dexa ver la palidez sobre el rostro de Daciano : sucédele un color entre rojo obscuro , que se apodera de él , y desecha la palidez : respirando fuego , y amenazas sus ojos , miran al Santo con terrible enojo : trémulos , y medio abiertos sus labios , despiden de sí una espuma inflamada , sintiéndose todo su cuerpo bañado en sudor. En fin , despues de haber guardado por algun tiempo un triste silencio , el mismo movimiento de furor que le habia quitado la voz , se la vuelve para mandar que se aplique al tormento al Diácono de Valencia , y que se emplee en él el hierro , y el fuego. Lleno entonces Vicente de alegría , y olvidando la debilidad á que le reducian los primeros tormentos que habia sufrido , corre , vuela adonde se le preparaban otros nuevos. Apresúrase por llegar á ellos , y solo teme una cosa , que es , que los verdugos no lleguen antes. En fin , baxa este generoso Atleta intrépidamente sobre la arena , y con él la esperanza , y la crueldad ; pero en este famoso combate la esperanza sostiene al Martir , y la crueldad anima á los verdugos. Plántase allí una cama de hierro , cuyas barras están erizadas de puntas , y guarnecidas de dientes , y un brasero ardiendo debaxo , que habiendo hecho perder al hierro su color , le da el de fuego. Entonces Vicente mostrando un rostro firme , y sereno , sube por sí mismo sobre este funesto lecho. No de otro modo , que en los juegos olímpicos sube un vencedor lleno de alegría al tablado de los Jueces,

que

que presiden en ellos, para recibir el premio que acaban de alcanzar. Arrojan luego sobre el Santo Martir la sal á puñados: salta esta, y se entra por mil llagas hechas en todas partes por las puas de hierro que se le clavan en la carne. Derraman despues por todo el cuerpo sebo derretido, que introduciéndose en esta infinidad de llagas, que han hecho el hierro, y el fuego, las penetra, y atrahe sobre ellas la llama que las aumenta, las cauteriza, y hace otras tantas úlceras. En medio de eso, el invencible Diácono no hace ni el menor movimiento: parece haber olvidado que es su cuerpo el que está expuesto á tan horribles tormentos. Levanta solo los ojos al Cielo, porque sus manos están atadas. Enderézase en fin, pero mas vigoroso, y mas fuerte: dexa esta terrible cama por otra que se le ha preparado en una cueva subterranea, é inaccesible á la luz, porque se teme que la vista del Cielo aumente aún esta grandeza de alma, que confunde al Tirano, y hace gemir al Infierno.

En lo mas profundo de la prision se hace un nicho, cuya bóveda, y paredes se unen, y estrechan tanto, que apenas dexan suficiente lugar para poner á un hombre. Una noche eterna prohibe constantemente la entrada al sol. En este sepulcro destinado para los vivos es donde meten á S. Vicente, y aun le ponen sus dos pies en cepos bastante separados. Siembran la tierra de cascotes, que con sus agudas puntas, y sus desigualdades, metiéndose por entre el gran número

ro de heridas de que este Santo Martir está cubierto, conservan el dolor, le retienen, y si se puede decir así, le suscitan una nueva vivacidad. Son estos como otros tantos agujones de que está armada esta triste cama, que no dexan tomar algun reposo al que está echado en ella, y que retiran de sus pesados párpados el dulce sueño. Este nuevo género de suplicio, ignorado de los Tiranos de los pasados siglos, é increíble á los venideros, fue el que el demonio inspiró á este sabio artífice de tormentos.

Pero en fin, Jesu-Christo trastornó en un instante todos estos feos atentados del enemigo. Porque de repente se disipa la obscuridad de este calabozo, llénase de una luz celestial, se abren los cepos, y se deshacen las cadenas. No os engañó, Vicente, vuestra esperanza: ved ahí el que aguardabais con tanta impaciencia: reconoced en medio de esos rayos, que os deslumbran, reconoced á Jesu-Christo, que viene por sí mismo á coronaros. Pasmado el Martir, tiende su ansiosa vista sobre este grande objeto. Siente ¡ó maravilla excesiva! siente que todos estos cascotes se convierten en flores, y que esta cama armada de dardos, y de puntas, se ha mudado en un lecho blando, y suave: exhala por todas partes un olor exquisito, y agradable al olfato: rodeá-le una tropa de Angeles, háblanle, y le dan la enhorabuena de su victoria. Uno de estos bienaventurados espíritus, cuyo aire magestuoso daba bien á conocer, que era uno de los de primer